

EL
MISTERIOSO
ASESINATO DEL
DR. THALLOMIUS

Nicki Thornton

Diseño de portada e interiores: Steve Wells, 2013
Arte de la portada: Christ Stocker, 2013
Ilustración de portada e interiores: Matt Saunders, 2018
Ilustraciones de interiores: Matt Saunders
Diseño de interiores: Steve Wells
Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Título original: *The Last Chance Hotel*

Edición original en inglés publicada por primera vez en 2018 por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome,

Somerset, BA11 1D5

© 2018, Nicki Thornton

Todos los nombres de los personajes y lugares utilizados en este libro pertenecen a NICKI THORNTON y no pueden usarse sin autorización

Traducido por Rodrigo Morlesin

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR m.r.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5836-2

Primera edición impresa en México: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5792-1

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

© Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá (Colombia)
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-7922-4
ISBN 10: 958-42-7922-X

Primera edición (Colombia): julio de 2019
Impresión:
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mi familia,
Mark, Alex y Tim

Planeta
Junior

REGISTRO DE HUÉSPEDES EN EL HOTEL
ÚLTIMA OPORTUNIDAD

- 1 DR. TORPOR THALLOMIUS
Huésped VIP, alergia a las frambuesas
.....
- 2 PROFESORA PENELOPE PAPPERSPOOK
Le gusta que la despierte el canto de los pájaros
.....
- 3 GLORIA TROUTBEAN
*Un pequeño escritorio para hacer su tarea,
habitación contigua a la de la profesora
Papperspook*
.....
- 4 DARINDER DUNSTER-DUNSTABLE
Tres almohadas extrasuaves
.....
- 5 ANGELIQUE SQUERR
Un espejo de cuerpo entero
.....
- 6 GREGORIAN KINGFISHER
*Una habitación con un cuadro de personas
haciendo deporte*
.....
- 7 CONDE BOLDO MARRED
Sin ninguna solicitud especial

PARTE UNO

Planeta
Junior



1. EL HOTEL ÚLTIMA OPORTUNIDAD

En la cocina del Hotel Última Oportunidad, lo más probable era que el sonido más fuerte que escucharas fuera el suave borboteo de un huevo solitario que comenzaba a hervir.

Pero aquel día el aire revivió gracias a los gritos de Henri Mold, el chef principal, medio calvo y encorvado por la vejez, que gritaba órdenes mientras caminaba cojeando por la cocina.

—Seth, ¡esas tartas! ¡Sácalas del horno! ¡Ahora! —gritó Henri, haciendo que Seth, el ayudante de cocina, diera media vuelta sobre sus delgadas piernas y regresara al otro lado. El aire estaba lleno del aroma a mantequilla al ajo y carne asada, y nublado por un fino polvo de harina, hierbas y especias. El vapor aumentaba, las gelatinas cuajaban y las ollas burbujaban.

Si Seth Seppi hubiera deseado alguna vez poder hacer siquiera la más mínima magia, habría sido en ese momento. Porque un hechizo para dividirse en tres era la única forma en que podría superar todas las tareas que le habían asignado sus tres desagradables jefes: el malhumorado Henri y los dos dueños del Hotel Última Oportunidad, Norrie Bunn, vehemente y rencorosa, y su grasiento y tacaño marido, Horatio. Parecía que el hotel se había estado preparando desde siempre para esos huéspedes especiales por los que el señor Bunn había estado dando saltitos y que debían llegar aquel día.

—Necesito más pimienta. ¡Rápido, muchacho! —exclamó Norrie Bunn desde la estufa, haciendo que volara un largo chorrito de salsa de pimienta que cruzó

la cocina al lanzar una cuchara chorreada hacia Seth. Su largo y frágil cabello gris estaba recogido alejado de su puntiagudo rostro, mientras sudaba sobre la salsa, tratando de no estornudar.

Al menos la terriblemente desagradable hija de los Bunn, Tiffany, estaba en esa elegante escuela para chefs, lejos de su entretenimiento favorito: atormentar a Seth.

El señor Bunn irrumpió en la cocina batiendo las manos y, antes de lanzarse hacia el vestíbulo, gritó «¡Están aquí! ¡Están aquí!» como un niño pequeño que anuncia la Navidad.

Aún más sorprendente era que el señor Bunn llevaba un chaleco rojo cereza y pantalones a rayas, en lugar del habitual y anodino traje gris que había usado a diario durante años.

Norrie Bunn se quitó el delantal y, alisándose los largos cabellos grises, se apresuró a esperar a sus invitados en el vestíbulo.

Seth logró ser el primero en llegar a la grieta en la pared de la cocina a través de la cual era posible ver el vestíbulo y echar un vistazo a los invitados que llegaban. Al acercar el ojo al agujero, oyó un tintineo de

llaves y al señor y la señora Bunn, que, con sus mejores modales, saludaban a los recién llegados.

Henri se movió por la cocina con una energía inusual, de un codazo quitó a Seth de su camino y miró a través de la grieta.

—¿Es ese nuestro invitado VIP, el doctor Thallomius? ¿Por el que hemos realizado todo este arduo trabajo? No me parece muy impresionante. Tanto trabajo —gimió Henri mientras presionaba con delicadeza su panza— me da gases.

Seth no esperaba que su invitado VIP pareciera un Papá Noel en miniatura. El doctor Thallomius tenía el pelo blanco, una barriga redonda y unos ojos centelleantes, pero a Seth no le llegaría más allá del hombro.

—Y el que lo acompaña... todo un pavo real. —Henri continuó con su espionaje—. Supongo que esa es la seguridad que insistió en traer consigo. ¡Seguridad! Su seguridad se ve tan buena como un pollo. Qué bigote tan ridículo.

—Ese debe de ser el señor Gregorian Kingfisher. —Seth había vislumbrado a un hombre joven con un

traje verde ceñido y brillante, el pelo castaño y bien peinado, un bigote café muy grande y denso, y unas cuantas pecas en la nariz—. Fue él quien pidió una habitación con un cuadro de personas haciendo deporte.

Los invitados hacían peticiones especiales con frecuencia, pero era la primera vez que alguien se mostraba quisquilloso con las obras de arte en su habitación. Esos invitados eran fascinantes. Seth nunca había visto que hubiera tantos huéspedes. Probablemente porque afuera del hotel el mundo no era más que una sucesión infinita de árboles. Podía recordar los días en que el Hotel Última Oportunidad siempre estaba lleno. Eso fue cuando su padre había sido el chef. En aquellos tiempos, la gente disfrutaba el desafío de viajar a un lugar tan remoto solo por la recompensa de probar su famosa cocina.

Seth anhelaba que el señor Bunn lo llamara para ayudar a algún huésped con sus maletas y así poder verlos de cerca.

—Entiendo por qué Thallomius quería que la señorita Squerr fuera su asistente —masculló Henri, girando la cabeza y dándole a Seth una oportunidad momentánea para echar otro vistazo.

Angelique Squerr iba con la cabeza tan alta como si hiciera su entrada ante una audiencia de miles de personas. Su cabello era largo, liso y oscuro, a excepción de un mechón largo de color rojo en el lado derecho. Parecía como si le hubieran dado brillo. ¿Una estrella de cine? Bajo el candil centelleante, los muebles de madera bien pulidos y las imágenes en viejos marcos parecían descoloridos y desgastados.

—De vuelta al trabajo, Seth —ordenó Henri, quien tomó un cuchillo y se dirigió a cortar algunas verduras—. O esos trastes llegarán al techo.

Pero antes de que Seth pudiera comenzar, Henri soltó un grito y el cuchillo cayó, con estrépito, de su mano sobre las frías baldosas del suelo de la cocina.

Un insecto pasó volando frente a la nariz de Seth y luego golpeó contra la ventana. Henri se encogió de miedo.

—Henri, solo es un insecto —lo tranquilizó, empujando a la criatura con suavidad hacia la ventana abierta. Con esa brillante cola fluorescente, parecía que estaba ardiendo.

—Ese no es cualquier insecto. —Los ojos de Henri se agrandaron—. Es una *luciole*. ¿Sabes lo que significa?

—Quieres decir que es una luciérnaga. Debe de haberse perdido del Claro de los Gusanos de Luz. Es hermosa, ven y echa un vistazo. Parece mágica, ¿no crees?

—Pero ¡está adentro! —siseó Henri, secándose su sudoroso labio superior—. En mi país, si un bicho luminoso entra por la ventana significa... significa que habrá una muerte. —Henri agarró el brazo del chico con fuerza—. Seth, alguien va a morir.

Planeta
Junior

Planeta
Junior



2. SOPA DE CABEZA DE PESCADO

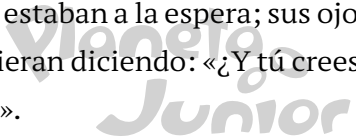
Seth se soltó del asustado Henri.

—Es solo una vieja leyenda, Henri, no te preocupes.
Nadie va a morir.

Lanzó a la luciérnaga de vuelta a la libertad, pero Henri recogió su cuchillo y se escabulló presa del pánico. Seth se encargó de preparar las verduras para la fiesta de esa noche.

Cada vez que estaba estresado, a Henri le daba por cortar cosas y Seth estaba acostumbrado a encontrarse con una raíz de chirivía que se había convertido en una

jirafa o una pieza de madera transformada en un lindo cachorro de zorro. Pero ¿por qué siempre sucedía justo cuando realmente necesitaba que Henri preparara un pollo asado o un bistec y un budín de riñón que eran urgentes para la cena?

Seth pasó a toda prisa junto a la enorme olla donde burbujeaba el caldo, que ya estaba listo para agregar las cabezas de pescado de la famosa sopa de cabeza de pescado del hotel. La pila de carnosas cabezas que había preparado estaban a la espera; sus ojos lo miraban como si estuvieran diciendo: «¿Y tú crees que la estás pasando mal?». 

El chico patinó hasta detenerse.

Su nariz, al aspirar el aroma de caldo y especias, le dijo algo importante. El caldo no estaba del todo bien. Y su nariz no fallaba nunca.

Levantó con cuidado una de las cabezas de pescado para dársela a Sombra, la gata del hotel. La guardó en uno de los muchos bolsillos de la filipina azul brillante que llevaba debajo del delantal. Tal vez fuera un color bastante chillón, pero aquella filipina era casi lo único que le quedaba de su padre. Eso y un

espejo que era tan inútil que a veces parecía como si reflejara lo que sucedía en una habitación completamente diferente.

Tomó una cuchara pequeña, la sumergió en la olla y se llevó el líquido a los labios. Era maravilloso y cálido, y le recordaba mucho a su padre, que estaba en peligro de convertirse en poco más que un recuerdo lejano.

Recordaba su olor a canela y a especias y todas esas lecciones, hombro con hombro, mientras horneaban pan y cocinaban sopa. Su padre permanecía en su interior como un pequeño resplandor de amor, lo que era un recuerdo mayor que el que guardaba de su madre. Cualquier pensamiento sobre ella hacía que sus entrañas se endurecieran por la tristeza de que hubiera muerto cuando él era solo un bebé, y con trabajo apenas podía recordarla.

Extendió la mano hacia un estante lleno de una alo-cada mezcla de botellas y jarras de todas las formas, tamaños y colores imaginables; tomó una pizca de milenrama seca y la esparció, pensando que, aunque el señor Bunn no se cansaba nunca de contarle que su padre había caído en desgracia, no era específico sobre qué

era exactamente lo que se suponía que había hecho.

Pero el padre de Seth había ideado la receta de la sopa y, con unos invitados tan importantes, el chico iba a asegurarse de que se sirviera a la perfección. El chef Henri Mold siempre escatimaba en ingredientes y nunca había logrado hacer bien el famoso plato del hotel. Entonces, tras echar una mirada furtiva por encima del hombro, tomó el azafrán del gran tarro de cristal transparente. En su cabeza bullían las repetidas advertencias del malvado señor Bunn: «Úsalo con moderación. Gramo a gramo, el azafrán cuesta más que el oro».

Seth tomó cuatro delicadas hebras de azafrán con los dedos, lanzó otra mirada temerosa sobre su hombro y las echó en el caldo. Sonrió mientras la sopa se pintaba de un delicioso color dorado.

—Bueno, bueno, bueno, Seppi, pagarás por esto.

Seth brincó y casi dejó caer el tarro. No había forma de confundir esa odiosa voz. Era la última que esperaba escuchar.

Tiffany Bunn, la insoportable hija de los dueños

del hotel, estaba apoyada en el marco de la puerta de la cocina con aire de suficiencia.

Planeta
Junior

Planeta
Junior